



Roberto Bolaño. «Los perros románticos»

POESÍA

Realidad de cabecera

Editorial Acantilado

92 páginas. 11 euros



Hay escritores que perviven en la memoria de la literatura bajo el raro influjo de una muerte prematura, como si su desaparición en una madura juventud les imprimiera un halo simbólico, algo misterioso, siempre expectante con lo que pudieran haber escrito, desde la admiración de lo ya conocido pero con la mirada puesta en lo que pudo haber sido y no fue. Se me ocurren ahora los nombres de Miguel Labordeta, Alfonso Costafreda o Gabriel Ferrater como emblemas de un destino truncado que, a la vez, dota a su obra de la extraña perfección de lo bruscamente interrumpido, de lo aparentemente inacabado.

Con Roberto Bolaño (Santiago de Chile, 1953 -Barcelona, 2003) se ha producido un agudo sentimiento de orfandad entre sus más diversos seguidores, que quizá no es sólo explicable por el simple lamento de una escritura perdida o la desaparición de una voz tan cercana. Se comprende mejor la reciente «bolañomanía» —libros, cursos, congresos, lecturas sobre su obra...— si se piensa en que su pérdida supuso el fin de un enconado fustigador de toda ficción tramposa, de todo falseamiento de su amada autenticidad literaria. Su obra nos demuestra que, más allá de esas historias de resucitados espadachines o códigos improbables, más allá del mercado comercial y la mostrenca divulgación masiva existe vida imaginativa en el esfuerzo riguroso, cotidiano, solitario, orgulloso y numantino de unos escritores para los que Borges o Kafka, por ejemplo, no escribieron en vano. Su malencarado respeto hacia la mejor literatura posible es lo que llora, en realidad, el entregado lector de Bolaño.

La generación rebelde

En la línea de esta constante recuperación, acaba de publicarse la oportuna reedición, con alguna pequeña variante sobre la impresión de 2000, de «Los perros románticos», poemario que agrupa textos escritos entre 1980 y 1998. Pere Gimferrer señala acertadamente en su presentación al volumen que esta lírica gira alrededor de dos o tres ejes fundamentales: la expresión antipoeética, su narrativa y el luminoso fracaso de una generación rebelde. Parece claro que Roberto Bolaño no es un poeta en sentido estricto, ni responde a la imagen del divagante esteticista que consume su vida persiguiendo la belleza ideal, ni mucho menos todo lo contrario: un puntual testimonialista de cualquier realidad social. Pero si es cierto que sus versos conmueven y emocionan por la autenticidad de unas vivencias personales, por la fuerza de su oculto —o quizá no tanto— autobiografismo, por la viveza de sus críticos ambientes, enrarecidas atmósferas del pasado y la inmediatez de unos planteamientos desenfadados, coloquiales, desinhibidos.

No estamos sólo —aunque también y no es poco— ante la caracterización poética de su mundo novelístico, porque estos poemas de tono romanceril, de corrosivo humor algunos, crónica



Bolaño, en un gesto insustituible de su personalidad

LA LENGUA INCOMBUSTIBLE

La muerte sorprendió a Roberto Bolaño en el auge de sus facultades narrativas, cuando más impulso daba al lenguaje incombustible de su literatura en su novela «2666». Su desaparición le ha convertido en un icono. Pero detrás quedaba un repertorio de títulos que muchos escritores firmarían de antemano: «La literatura nazi en América», «Los detectives salvajes», «Estrella distante», «El gaucho insufrible», «Amberes», «putas asesinas» o «Monsieur Pain».

de un tiempo y de un lugar —o de varios—, suponen la afirmación de su particular estética de lluvias, crepúsculos y detectives que, agazapados en su rico mundo temático, ofrecen ahora la posibilidad de una vibrante expresión lírica, directa y sobrecogedora. Quizá el final de «Autorretrato a los veinte años» resume un poco todo esto: «Y me fue imposible cerrar los ojos y no ver / aquel espectáculo extraño, lento y extraño / aunque empotrado en una realidad velocísima: / miles de muchachos como yo, lampiños / o barbudos, pero latinoamericanos todos, / juntando sus mejillas con la muerte». (pág. 14). Los ver-

so también finales de «Los perros románticos» nos hablan de una opción de vida, de una sublime decisión: «Un amor desbocado. / Un sueño dentro de otro sueño. / Y la pesadilla me decía: crecerás. / Dejarás atrás las imágenes del dolor y del laberinto / y olvidarás. / Pero en aquel tiempo crecer hubiera sido un crimen. / Estoy aquí, dije, con los perros románticos / y aquí me voy a quedar». (pág. 13).

Una extraña mezcla de belleza y terror, las pesquisas indagatorias —«detectivescas»— en el más acá de la cotidianidad, una innegable vocación de poeta «de bolsillo», el insistente esfuerzo por contar la trágica realidad de un pasado colectivo, las ensoñadas figuraciones irónicas de unos poetas «de cabecera» —Ernesto Cardenal o Juan Ramón Jiménez—, la impercedera huella de Nicanor Parra, el tono de himno callejero de estas palabras, el amor a la verdad literaria y a su más rigurosa expresión, conforman parte de la luminosa idiosincrasia de «Los perros románticos», un poemario que vuelve ahora con la escalofriante presencia de los póstumo, aunque también con la entrañable autenticidad de un escritor sin concesiones. Se llamaba Roberto Bolaño, provoca nostalgias y orfandades, crea adicción a la mejor literatura y genera el inconfundible sentimiento que motiva la escritura como forma de vida y la imaginación como espejo de la realidad.

Jesús FERRER SOLÀ